

Manuel Sosa

RETRATO DE CRÍTICO
CON ESPEJO ROTO



De la presente edición, 2018

- © Manuel Sosa
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-07-2

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

ENTREVISTA CON EL INQUISIDOR

Usted anunciaba el fin de la «poesía de consumo» y el advenimiento del «poema especializado», y comprobamos que esas profecías no acaban de cumplirse. ¿Por qué?

Luego de una necesaria condensación, la poesía se tuvo que dispersar. Un estallido, con chispas, humo y todo eso. Se han retomado los vicios iniciales. Ha regresado la música, y el metro, la rima, la confesión, las enumeraciones, las zamponas y los rebaños. Y reacciones a esos rebaños: lo coloquial y lo localista como refutación. Nos han dado de bofetadas.

Viniendo usted de un espacio encerrado en retórica pura, la isla, ¿cómo le afecta este exilio que se sigue prolongando?

El poeta mira al pasado, y no termina de pagar su deuda. Yo privilegio la palabra, pero dejando un espacio al cinismo. Nadie escribe para el lector de turno. Esa es mi justificación. Cada cual busca la que le conviene. Pero todavía (todavía) no acudiré a la lástima y el panfleto.

¿Y cuándo es que los intelectuales cubanos comenzarán a manifestar el cinismo que profesan en otros medios que no son precisamente «literarios»?

Muy pocos intelectuales son capaces de soltar el trozo de túnica que les tocó asir. Discuten y lo orientan todo hacia una perspectiva optimista, sin que ello cambie las circunstancias. Los referentes siguen siendo los mismos: Poder, Doctrinal, Casta...

¿Sería exagerado afirmar que ha surgido una especie de bravuconería en la poesía actual cubana?

Desesperación sí hay. El problema es que los bravucones son provincianos, usan referentes insulsos (los poetas retóricos y aplaudidores que les antecedieron), se auto-incluyen en otra antología más. Tienen mucho de aquel primer Raúl Rivero, pero con ideología rebobinada. Para no meterse con el patriarca, se meten con el hijo bobo del patriarca.

¿Se pudiera aseverar, como hemos escuchado hace poco, que es preciso buscar un segundo idioma?

¡Pero si aún no hemos encontrado el primero!

¿Bitácoras, éter, ciberespacio?

Pasen a ver, aquí está la regordeta que consulta su manual de repostería: entre pastel y pastel transcribe sus reflexiones. Un periodista municipal nos atiborra de poemas y refranes. Aquel otro declamador nos quiere vender sus mañas escénicas. Democracia, posibilidad, acceso, aplausos.

¿En qué guerra podremos encontrarlo dentro de unos meses, años?

Tanta lucidez me paraliza. Por supuesto, ya tendré que anotarme en alguna facción, so pena de verme apedreado por culpa de mi crónica impasibilidad. Son muchas alianzas, y basta con alejarse del blanco para que el dardo te busque: el dardo extraviado, que siempre hay alguno. Ser (o considerarse) intelectual basta para que te traten de captar. O para que te golpeen sin compasión.

¿Vivimos otro período de lasitud entre las tantas agonías de Nerón?

La ansiedad nos ha ido resquebrajando. El moribundo no es tal: le han prolongado la vida. Le hemos prolongado la vida. Y ya no importa que muera.

¿Géneros dentro del género? ¿En la poesía, en la prosa?

Sólo oportunidades que los escritores no pueden desdenar, por resultarles tan convenientes.

¿Escribir ha resultado entonces un trofeo, una ganancia que se ostenta?

Yo siempre vuelvo al muchacho tímido, que no quería mostrar a los amigos las cuartillas de la noche anterior. ¡Qué vergüenza, Dios! Ese pudor, esa resistencia a desnudarse ha de ser literatura. Lo demás es exhibicionismo.

¿Tendré que pasar por alto la pregunta donde le pido que argumente tal visión con un fragmento suyo?

Sí.

¿Quiénes se ocuparán de revisar y replantear el Canon?

Ya el hecho de hacerse la pregunta implica una preocupación por sistematizar algo que se alimenta de tiempo e ironía despiadada. Usted ocúpese de conocerse a sí mismo. Será difícil zafarse del baúl, del desván adonde irán a parar todos nuestros libros.

¿No está usted jugando a explicar certezas?

Mire alrededor. Abren la boca y sueltan eso de que «ladran, Sancho» cada vez que pueden, aunque se les diga que la frase es apócrifa. Nos desgastamos adoctrinando, y escribiendo el manual de conducta. Y lo mejor del juego viene luego, cuando nos apresuremos a borrar lo imborrable.

MERCADOS DE AVES Y OTROS SITIOS

En 1946, Jorge Luis Borges fue nombrado 'Inspector de mercados de aves de corral' por el gobierno peronista como «premio», entre otras cosas, a opiniones como esta:

Las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abominable es el hecho de que fomenten la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y mueras prefijados, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez... Combatir estas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor.

Esas palabras siguen teniendo la peligrosa vigencia de siempre, por muy desoídas que resulten. Borges tuvo que renunciar a su trabajo en la biblioteca y buscarse la vida enseñando, lo cual terminó puliendo su faceta de comunicador. La impotencia de aquel gobierno le cerró unas puertas para abrirle otras, para bien suyo y de sus lectores.

A nosotros nos tocó presenciar otro tipo de retribuciones: escritores condenados al ostracismo, a sobrevivir como obreros y oscuros funcionarios para desgastarles la mirada incisiva. Y pese a que lograron borrar a muchos de ellos, tan opresiva la carga, tan prolongada y sórdida, nos quedan los nombres de quienes insistieron en proseguir su obra con la mirada puesta en las redenciones que ella misma les propiciaría, en vida o en muerte. Otros, sin embargo, jugaron a la suerte del bufón desterrado de Cortes, confiando en que su dueño alguna vez cambiaría de parecer y les traería de regreso, todo arpegios y chanzas. «Fue un malentendido», suspiran satisfechos ahora, mientras pulen el cuerno de plata con que les pagaron.

Ya sabemos cuán caprichosos pueden ser los oficios en Cuba. Y lo caprichosos que suelen ser esos que dicen saber gobernar. Para fomentar la idiotez se arman de un cuerpo altisonante, que preparan de un día para otro, anteponiendo la conveniencia a la eficacia. Tuvimos maestros que se jactaban de su ineptitud, médicos que revendían todo lo que pasase como material étílico, ingenieros que se especializaban en provocar filtraciones, directores de cultura que preguntaban si aquella cosa que alguien leyó eran «versos o décimas», asesores literarios que prometían juntar al Cucalambé con el Indio Naborí en una misma actividad, agentes policiales que se ofrecían a traer desde La Habana a la Peláez, editores que apenas entendían las noticias de sus periódicos. Tuvimos incluso a un abogado mediocre, de esos que a duras penas memorizaron algunas leyes, convertido en primer ministro, explicando a unos estupefactos campesinos cómo se debía cultivar el arroz, interrumpiendo a un meteorólogo de la televi-

sión para imponerle sus criterios, elaborando proyectos genéticos en su cabeza neroniana, derrotando ajedrecistas, ¡escribiendo prosas reflexivas!

Y así, viene al caso otro personaje que trató de convenirse y convencernos de que la cercanía de palabras como «economista» y «comunista» bastaba para identificarlas y juntarlas en una misma convicción. Este personaje era argentino, como Borges. Pero ya lo hemos constatado: no todos los argentinos han tenido la decencia de apartarse de los mercados de aves, o de los degolladeros.

EL BARRIO POBRE DE LA POESÍA URBANA

La última vez que miramos, la poesía cubana procuraba demostrar su inocencia de tantos cargos que se le imputaban. Ese afán inculpatorio no podía venir de una crítica concienzuda, que no existía, o de una posible asechanza del consumidor, siempre insuficiente, sino de los propios escritores, llamados a purgar facilidad, sentimiento o expresión. Sopesaban el veredicto, en tanto esgrimían el mejor argumento: buscar la poesía en otra parte, no en los libros, no en el verso; acosarla y hacerla selectiva; replantear el texto como un ingrediente más, y despojarlo de protagonismo. La sentencia había sido dictada de antemano: culpable.

Algún provecho se puede sacar de estos disturbios literarios, cada vez que ocurren. Queda la conciencia en estado de alerta, por muy provinciana que nos parezca la alteración del mapa y las paradojas que contiene. Por ejemplo, la obsesión por librarse del sentimentalismo terminaba siendo otra efusividad, porque era prolija en datos que justificaban ese alejamiento. Al último vanguardismo cubano se le notaba el esfuerzo. Además, el foco ya no era

el texto, más bien la recepción y las noticias que el texto llegaría a conseguir. En realidad, ni siquiera se necesitaba escribir, o saber insinuar la escritura. El hallazgo poético aguardaba en los nuevos encabalgamientos, las contorsiones del declamador, los vituperios contra la tradición, el nivel referencial de una bibliografía...

El hecho de sacudir ciertas retóricas es causa suficiente para provocar esas tomas de conciencia. No hace mucho, un intelectual cubano pedía el Premio Nacional de Literatura para su trovador preferido. Buscando complicidad, la antología de turno no tardará en incluir la transcripción de alguna composición suya. Se habla de «poesía» usando un referente de pobreza expresiva que bien justifica, como respuesta, la aparición de vanguardismos de baja intensidad. Ha sido una acumulación fatigosa, capa sobre capa, hasta llegar al verso más práctico y recuperable. La herencia de la «nueva canción», que medró sobre el vacío generado por tanta censura y triunfalismo, aún se percibe en la trova reciente, una retórica que busca disimular su insipidez con gramática confusa.

Lo que no pudo cumplir el verso, y luego sus aventuras tipográficas, ha venido a redimir la Letra, afianzada esta vez en fórmulas repetitivas de los negros americanos, quienes tuvieron el buen tino de no renunciar a la rima o el ritmo. Así, la Isla le cobra al Norte ciertos préstamos que nadie recuerda, llámense Mario Bauzá o Luciano Pozo. La poesía urbana viene siendo un cumplimiento de aquella insatisfacción vanguardista que anhelaba materializar lo que venía sobrando en la página. Se manifiesta como síncopa marginal, como frase interminable e irreverente; se ha volcado en festivales alternativos y acciones plásticas; ha intentado desplegar su ala cívica con toda la ingenuidad posible. Uno

no podría aplaudir todo ese afán evangélico, pero se ha de reconocer el ánimo que los impulsa, y aún más: la incomodidad que causan en la cultura oficial.

En Cuba, la búsqueda de sentido se ha tornado urgente, como nunca antes, y cada figura busca credenciales en el riesgo. Más que ir contra el Estado, ir contra la expectativa de conformidad que un padre espera de sus hijos. No se concibe un rimador urbano sin ficha policial. Los géneros subterráneos cobran sentido en la interrogación de su realidad, del gobierno y sus representantes, del lenguaje mismo. Nos llegan las noticias, las estrofas desencajadas, las imágenes que no pueden escapar de la usual coreografía; nos llega el mensaje de que Algo ocurre, cuyo significado aún aguarda; nos llega el sabor de la impaciencia... Señales mixtas, ambiguas; esperanzas de que semejante retórica sea un reflejo del cambio radical que vendrá. Y sin embargo: sobrevive la sospecha de que existe un hálito quejumbroso, limitado y pueril en esas letras; rebeldía que se hace dócil al atravesar las Aduanas de aire...

Para no quedar defraudados, los apostadores tendrán que acostumbrarse a lo previsible de cada acto insular que juega a hacer política, bien corrosiva, y luego proclamar su amor al prójimo y la cultura sin fronteras. El discurso de lo urbano como reflejo de la angustia social tendrá que sostener su credibilidad bajo cualquier luz, a no ser que resulte otro negocio, o un pacto orillero al que todos se han rendido. No en balde se agitan por doquier esos banderines que ayer resultaban ser inconformidad y hoy reciben otro nombre conveniente: indignación. Mientras el mensaje se define, mapa urbano o laberinto, los apostadores tendrán que esperar.

INSTRUCCIONES PARA GANAR UN CONCURSO INTERNACIONAL DE POESÍA

- Primero, habrá de documentarse sobre la historia del premio, los libros anteriormente galardonados, el tipo de jueces que por lo usual se invitan. También será útil leerse esos libros, para sondear el tipo de arte que suele premiarse, su retórica y densidad.
- Cerciorarse de que el número de versos o de cuartillas no roce el mínimo o propase en demasía el máximo permisibles. El cuaderno no debe carecer o excederse: lo idóneo sería una extensión que se dejara leer de una sentada.
- El título constituye el 55% de la eficacia de un libro. Consultar buenas fuentes antes de escogerlo; que el lector (el jurado) pueda paladear y sentir su conductibilidad.
- Escoger un tipo de papel que denote buen gusto, y cierto amaneramiento. Esto es válido asimismo con respecto a la encuadernación, para que el producto se aposente en el orden físico: que la propuesta sea estética en todo el sentido posible.

- No usar seudónimos o lemas que delaten la identidad del autor, o que abusen de la mitología grecolatina, o que pretendan ser ingeniosos. Es preferible un lema sencillo, sin ebulliciones.
- Para garantizar que el libro sobreviva al comité de selección que separa lo aceptable de la bazofia, colóquese el mejor poema al inicio, aunque se sacrifique la densidad o el concepto. Ese comité sólo leerá el título y las dos primeras cuartillas, por lo que es muy importante el gancho preliminar.
- Todo poemario que se respete ha de estar dividido en secciones. Lo ideal serían tres, usando la intermedia para los poemas más riesgosos. Los poemas enunciativos van primero, los elegíacos al final.
- Una buena labor exploratoria podría revelar quiénes integrarán el jurado. De contarse con tal dato, es imprescindible ubicar citas de esos autores en sitios estratégicos del libro.
- Como lo importante es obtener el premio, no se debe concursar con textos que pretendan ser renovadores. A la vez, ha de prescindirse de formas demasiado apegadas a lo tradicional. Su retórica ha de hacer confluir una imaginaria paladeable al mayor número de lectores y un conceptualismo positivista, sazonado con un dejo de escepticismo. La poesía más efectiva en los concursos es la que logra unificar el sentir común bajo un falso tapete personal.
- Evitar los localismos propios, e imitar los del país que ha convocado el certamen. Cada vez que un premio se ha otorgado a un extranjero, ha sido porque le han tomado por nativo.
- Aparte de las citas del jurado, se deben escoger otras que demuestren selectividad y alta cultu-

ra. Deben aparecer en su idioma original: preferiblemente en inglés, alemán o francés. No se debe cometer la torpeza de traducirlas. Y nada de griego o latín, que sonarán desfasados y pretenciosos a estas alturas.

- Un poemario debe estar dedicado a alguien que no sea una elección obvia: esposa, madre, novio. Eso es para las antologías. Si se trata de una figura prominente de las letras o las artes y que dé impresión de cercanía y familiaridad, el jurado creará que el autor es persona ya reconocida, cuya elección no resultará riesgosa.
- Siempre que sea permitido, se deben enviar varios cuadernos a la vez, por si se impone la ley de las probabilidades.
- Sabiendo que la mayoría de los premios literarios son una cobertura para la promoción de ciertos autores favorecidos por la institución o editorial que convoca, elíjanse concursos de poca monta y de remoto acceso. Valdrán para el currículum y para la autoestima.
- Si después de enviar por varios años no se ha alcanzado premio alguno, úsese ese desencanto y esa amargura para reseñar libros de otros, como crítico literario. La mayoría de ellos, en la actualidad, son harto entusiastas y halagadores. Sea usted único, écheles a perder la fiesta.

NOTA POR ALEXANDER SOLZHENITSYN (1918-2008)

Una de las maneras más espectaculares de ejercer la crítica literaria, en la Cuba de carreteras polvorientas y largos viajes en ómnibus, era arrojar el libro por la ventana. No pocas veces tuve que ceder a ese impulso liberador, sobre todo cuando el ejemplar escrutado rebasaba la cuota permisible de cinismo. Eran aquellos libros de encargo, en tiradas impresionantes, cuyos redactores se tomaban la misión en serio y hurgaban en la vida de alguien con el propósito de ridiculizarle, cuando menos.

Y es que así recuerdo aquella edición caída en mis manos por azar, con un título tan poco imaginativo como «La espiral de la serpiente» o algo por el estilo, donde se detallaba la vida del ciudadano escritor Alexander Solzhenitsyn y se le reprochaba cada una de sus aristas humanas. Ni una sola palabra sobre su literatura. Todo un libro, firmado por un checo, para explicarnos que aquel hombre era un gran miserable, según la preceptiva moral soviética.

Lejos de ensuciar su faz humana, el libelista conseguía que sus lectores simpatizaran con el objeto (sujeto) de es-

carnio. «Si se han tomado el trabajo de pormenorizar su existencia, y recontar tanta nimiedad han de odiarle sin medida; debe ser una persona especial, un escritor sumamente peligroso», se podía pensar. Resultado crítico: una cuneta en la carretera de Santa Clara a Manicaragua.

Fue por ello que busqué y encontré *Un día en la vida de Iván Denísovich*, publicado por aquella Colección Cocuyo que hoy debe haberse apagado en su monte ralo. Ese libro nos retrataba y nos hablaba del consuelo de las cosas más inverosímiles: un mendrugo de pan, una colchoneta, un minuto de contemplarse en la paz propia y que ningún muro puede contener.

El retrato de Solzhenitsyn es abigarrado, y quizás resuma todo lo que es típico de un escritor bajo el yugo totalitario: censura, cárcel, amenazas, mutilación y secuestro de obras, expulsión de la Unión de Escritores, destierro, escarnio, despojo de su nacionalidad, silencio. Para él hubo, por suerte, regreso. «Regresaré después de mis libros», dijo; y así fue.

A esa hora no le íbamos a reprochar su Premio Nobel, en el año que más cerca estuvo Borges de recibirlo. En su caso, le pudo servir de escudo, cosa rara en un lauro tan decadente como ese espejismo sueco. Cuando murió, desapareció el profesor de matemáticas, el ícono de las voces soterradas, el sobreviviente. Se oscureció así una lejana ventana, esteparia y brumosa, donde apagaron la cera y devolvieron un libro furtivo a su estante.

ÍNDICE

Entrevista con el inquisidor	7
Mercados de aves y otros sitios	11
El barrio pobre de la poesía urbana	14
Instrucciones para ganar un concurso internacional de poesía	17
Nota por Alexander Solzhenitsyn (1918-2008)	20
Misérias del traductor	22
Norberto Fuentes le agita la merienda a Senel Paz	24
Rosario senil para poeta virginal	27
Avatares del sujeto lírico	29
La UNEAC como dama de compañía	33
Citar mal	36
Historia del miedo virgiliano	43
Resaca de poesía inaugural	55
<i>Feed your head!</i>	58
Empujando con Miguel Barnet	60
Fernández Retamar, reescritura y circunstancia	64
René Vázquez Díaz: jarabe de cundeamor	68
El ángel del umbral interroga al poeta integrado	70
Que trata del reclamo de paternidad que hace Norberto Fuentes sobre la disidencia literaria en Cuba, y su propia relación con el orden <i>ornithorhynchus</i>	73
Instrucciones para escribir poesía moderna	76

Elogio del hijo renegado	79
El ángel del umbral interroga a Cynthio Vitier	81
El Cervantes como limosna	84
Receta de novela cubana	86
Escritura de taller	
o cómo arreglar al pobre Cervantes	88
Cómo perder dinero en Buesa	92
Introducción a la metatranca	94
Lechada y cuenta nueva sobre Lezama	103
Libros x leche condensada: un muestrario	106
Aterrizaje con libro de Elvia Rosa Castro	110
Nuevas aplicaciones de la herejía insular	113
Sobre la utilidad de los puntos de fuerza: la poesía de Sonia Díaz Corrales	117
Carta reseña: R.U.Y.	121
Memoria=imaginación	124
Cuando no queden archivos por desempolvar	128
Te estoy leyendo en el baño	131
De cuando al crítico se le paró escribiendo una reseña de poesía	133
Luis pavón: queda escrito	135
Crisis de los misiles en la poesía cubana	139
Levantando un caso contra la fauna decimista	141
La cultura	144
Los 99 estigmas de la literatura cubana	145
Retrato de crítico con espejo roto	160

